La extinción de la rebelión

Crítica de Extinction Rebellion,
de la colapsología y de la idea de la resiliencia



La extinción de la rebelión

Extinction Rebellion (XR) parece ser una especie de rama de acción de la colapsología. Del mismo modo que la colapsología contribuye a la toma de conciencia de las catástrofes en curso, este grupo puede ser una puerta de entrada a la acción para muchos espíritus rebeldes. Salvo que esta acción está amputada, dócil a las pequeñas manías cívicas de la época.

XR es una creciente organización internacional más o menos descentralizada. Se lanzó en 2018 en Gran Bretaña, antes de extenderse por todo el mundo, desde Sudáfrica hasta Estados Unidos. Sólo en Francia hay 111 grupos locales en 2021, unidos en torno a los diez principios básicos de la organización. Uno de estos principios es la no-violencia, elemento central de la ideología de la desobediencia.

No-violencia

Hay una larga historia de acciones directas «no violentas» utilizadas por rebeldes. Entre ellas huelgas, los boicots, la ocupación hasta el desalojo, subirse a un tejado o a un árbol para frenar una evacuación, o utilizar el escarnio. Pero si el piquete es atacado por las milicias patronales o la policía, surge la necesidad de defenderlo. Cualquier acción puede empezar sin violencia y acabar enfrentando la brutalidad de la represión. Nunca somos nosotros los únicos en determinar las modalidades de una acción.

El problema de la no-violencia no es su práctica, sino cuando pasa de ser una opción táctica a una *ideología autónoma*. Convertirse en auxiliar de la policía puede poner en peligro a los rebeldes más decididos, y en cualquier caso invisibiliza el hecho de que otras formas de actuar son posibles. En realidad, existen diferentes posibilidades de actuación en determinadas situaciones. Los textos, debates o fiestas son tan necesarios como de destrucción mediante sabotajes o enfrentamientos con la policía. Pero no todo es igual: quemar un juzgado siempre tendrá más peso que una concentración pacífica frente a él…

Mientras que la violencia institucional, la de los jueces, los policías, los amos, los jefes, los representantes, está ampliamente aceptada, la reapropiación colectiva de la violencia orientada a la emancipación es cada vez más difícil – y sin embargo cada vez más necesaria. La cuestión es si se toma en serio la larga lista de catástrofes en curso y sus efectos. Si la supervivencia de la humanidad está realmente en juego en un futuro próximo, ¿por qué no dar paso a la furia?

Desobediencia

Esta evidencia está causando un gran revuelo en el campo de la no violencia. En el seno de XR se debate, por ejemplo, sobre la confrontación física. Pero aunque la asumamos, la acción seguirá siendo *desobediente*. No se trata tanto de pasar a la acción como de agitarse, sin buscar el sentido y la coherencia sino una eficacia medida por el número de imágenes mediáticas conseguidas.

Por consiguiente, las contradicciones dejan de ponerse sobre la mesa para ser confrontadas: es posible aplaudir la destrucción de los disturbios mientras se firman peticiones en línea, abogar por la «negativa a llegar» mientras se acaparan todos los micrófonos o cámaras, etc. La *revuelta*, en cambio, está impulsada por otras perspectivas, por una ética, por una forma de mantenerse en pie sin dejar de lado los propios principios.

Además, la desobediencia tiende a amputar la cuestión social. XR evoca el neoliberalismo y el poder financiero, las élites que se benefician, pero a través de una visión limitada, que recuerda el cliché de la separación entre el 99% y el 1%. Pero el sistema no se basa en una jerarquía del 1%, ni siquiera del 10. E incluso entre los desposeídos, no sólo hay cómplices... La visión del orden existente es caricaturesca y falsa: la organización está dispuesta a acoger a todo el mundo, buscando crecer cuantitativamente por todos los medios. Nos encontramos con la misma confusión interclasista difundida por los colapsólogos.

Los tratados de composición, en las que los papeles se interpretan con vistas a crear un frente lo más amplio posible, tienen poco que ver con la alegría de la revuelta. Sin embargo, este mantra de «todos juntos» no elimina las enrevesadas posiciones de la deconstrucción, donde se supone que los primeros afectados tienen razón aunque estén equivocados. Mal digerido, este prisma analítico favorece la supresión de la historia social y sediciosa, en particular de la ecología social y las corrientes anti-industriales. Esto puede dar lugar a algunas escenas extrañas en las que el viejo revolucionario que ha luchado toda su

vida es equiparado con partidarios del mismo orden contra el que combatió por jóvenes activistas verdes y rebeldes convencidos de que no son, en parte, los herederos de las batallas iniciadas hace tiempo. Sin embargo, hay mucho que ganar si se recupera esta historia. Como decía Landauer, hay muertos que están más vivos que los vivos, y vivos que están más muertos que los muertos…

Ciudadanismo

De hecho, la estrategia de la ideología de la desobediencia se orienta hacia un único objetivo: presionar a los dirigentes para que se ilustren mejor. Por eso los seguidores de esta ideología hablan con policías, medios de comunicación, cargos electos, altos funcionarios. Prefieren dialogar con las autoridades antes que dar la vuelta a la tortilla, sin llegar a cuestionar el hecho de que existe una separación entre dirigentes y dirigidos. Apenas piden asambleas ciudadanas, es decir, más participación en un régimen fundamentalmente jerárquico.

De hecho, a pesar de los discursos alarmistas sobre lo que está en juego y la voluntad declarada de cambiar el sistema, XR sigue impregnado de ciudadanismo. El discurso de la urgencia se disimula con adornos del orden existente con el propósito estratégico de no perder a las masas. Por lo tanto, hay que evitar acusar a la propiedad privada, a la extorsión de la plusvalía o a la desposesión del ser humano. Mejor cosas más consensuadas.

El grupo hace peticiones – es decir, llamamientos a los dirigentes – y las reivindicaciones son traducidas a un

lenguaje reformista: «reducir inmediatamente las emisiones de gases de efecto invernadero para lograr la neutralidad del carbono en 2025, mediante la reducción del consumo y un descenso energético planificado». Por supuesto, nadie cree que esta demanda tenga alguna posibilidad de éxito... Bajo aires falsamente radicales, los fundadores de XR son responsables, es decir, políticamente correctos.

Además, al utilizar términos del poder, como resiliencia o planificación, la iniciativa tiene todo lo necesario para restaurar el recurso al Estado. Esto está muy claro entre los líderes de la colapsología, una suerte de cabezas pensantes de XR que han presentado 35 propuestas para un «retorno a la Tierra». Asumen su elección de proponer medidas muy centradas en el Estado: deslocalizar la economía y proteccionismo; poner un techo al consumo energético y material; nacionalizar la banca; desarrollar un sistema fiscal ecológico y social; introducir el sorteo de los escaños en las cámaras legislativas; controlar los flujos de capital; etc. Gestionar el desastre, una y otra vez. Pacificar.

El programa tiene toda la pinta de socialdemocracia pintada de verde. Los colapsólogos y los activistas ecologistas comparten la misma doctrina estatista. Sin embargo, el Estado no es la solución: es una parte, y una parte importante, del problema, como bien ha entendido el anarquismo. Un pequeño ejemplo: en Francia, la industria nuclear no es un lobby, mal que pese a los ecologistas, sino el Estado. Eso es todo.

Extinction Rebellion, que irónicamente puede traducirse como *extinción de la rebelión*, es una de la larga lista de nuevas organizaciones ecologistas, a menudo de

corta duración. Es probable que tenga una vida útil bastante corta. Por otra parte, de la misma forma que la colapsología, la ideología que proclama corre el riesgo de amputar las luchas sociales durante mucho tiempo, en una situación en la que destruir lo que nos destruye es cada vez más urgente. El camino al infierno a veces está pavimentado con buenas intenciones.

JD

Texto publicado en el periódico de agitación Anarchie!

Colapsología, *idiota útil* que mantiene el orden existente

Desde hace varios años, una nueva disciplina – que no hace más que reelaborar viejas ideas – se propone guiarnos: la colapsología, o ciencia del colapso. Influye ampliamente en movimientos como Extinction Rebellion y llama constantemente a los movimientos antiautoritarios a ponerse a su servicio.

En 2015, Pablo Servigne y Raphaël Stevens publicaron *¿Cómo puede colapsar todo?* para el público en general. Desde entonces, junto con el ex ministro Yves Cochet y el asesor informático financiero Arnaud Dorthe, han difundido la idea de un colapso aceptable. La pandemia de coronavirus ha acelerado su influencia, actuando como una profecía autocumplida: «os lo dijimos, el colapso llegará pronto», aunque la realidad es dura y todo parece indicar que el día siguiente se parece mucho al anterior. El imperio del dinero y la jerarquía se mantiene vivo.

Estos fans del colapso tienen tendencia a naturalizar las relaciones sociales: nuestras formas de actuar, pensar y relacionarnos no están ligadas en parte a un sistema social e histórico concreto, sino a una supuesta naturaleza humana. Además, para estos colapsólogos, la catástrofe actual no está tan ligada a las estructuras de poder, sino a un defecto de la sicología humana: la incapacidad de tomar las decisiones correctas ante un acontecimiento extraordinario. Se trata de una forma más de exculpar a una civilización concreta, el

capitalismo, y las responsabilidades de los y las defensoras del orden existente y de sus cómplices. Se mantiene así el mito de la responsabilidad compartida, donde cualquier ser humano tiene un impacto negativo en el equilibrio ecológico. El industrial no sería más responsable de tu cáncer que el obrero explotado; el científico nuclear no más culpable de la acumulación de radiactividad en el suelo y el aire que tu vencina; el tecnócrata que autoriza los transgénicos no más culpable que quien frecuente un supermercado; y sobre todo, el encarnecido defensor del orden no más impugnable que quien se opone a él. Con eslóganes como «necesitamos a todo el mundo» y «todos estamos en el mismo barco», la colapsología es más bien un intento de desarme de las luchas y revueltas que tienen el mérito de señalar las estructuras y los/as defensoras del orden existente. ¡Lo que necesitamos son objetivos!.

En cualquier caso, para los colapsólogos, no se trata de enfrentarse a las fuerzas que perpetúan los desastres y se benefician de ellos. Se trata de aprender a vivir con el colapso. Debemos adaptarnos, «dejar de luchar», como escriben nuestros colapsistas estrella en un libro de 2018, *Otro fin del mundo es posible*. Nada de revueltas y luchas, ni siquiera resistencia, la sola palabra que sale de sus bocas es «resiliencia». Se trata de sobrellevar la situación y recuperarse. ¡Parecen directivos! Habría que dejarse explotar, clasificar tus propios residuos y experimentar la devastación del planeta sin dejar de ser sabio. ¡Qué se yo! Hay que decir que los colapsólogos apuestan por un colapso civilizacional relativamente rápido que deje el campo libre a la humanidad

en un planeta no demasiado dañado. Se trata de una apuesta cuanto menos arriesgada.

De hecho, los colapsólogos buscan tropas, buenos soldados para un colapso tranquilo y alegre. Un colapso ciertamente alegre, pero considerado como un «esfuerzo de guerra». Nuestros profetas retoman las movilizaciones de la Segunda Guerra Mundial, el Proyecto Manhattan que produjo la bomba atómica, los desembarcos militares que arrasaron ciudades y pueblos. Sin embargo, «gracias a un formidable esfuerzo bélico, Estados Unidos consiguió renunciar durante un tiempo a la cultura del consumo y el despilfarro», afirman. Los ecologistas, incluidos los colapsistas, no se preocupan en absoluto por los medios. Tanto peor si se trata de malgastar vidas humanas... Es más fácil entender que Yves Cochet pueda anunciar fríamente y sin tratar de oponerse, que el Sena-Saint-Denis será la primera región en colapsar y que no será bonito. Por mi parte, apuesto a que muchas personas de esta región sabrán dónde abastecerse, por ejemplo en la casa de campo de nuestro honorable ex ministro.

La colapsología prepara el fin del mundo con total docilidad. No hay nada que hacer, las cartas están echadas. Esto es lo que hace de los colapsólogos idiotas útiles en el mantenimiento del orden existente, sin ninguna intención de cambiar de rumbo, si es necesario haciendo algunas modificaciones y a costa de muchísimas vidas mutiladas. Si es necesario, manteniendo las estructuras de poder en un mundo invivible. Los nucleócratas llevan décadas reflexionando sobre la «vida bajo estrés radiológico» y han experimentado con ella en las poblaciones de Chernóbil y

Fukushima. El colapso feliz corre el riesgo de quedarse atravesado. En el fondo, se intuye un deseo mal disimulado de un gran desastre final, quizá para vivir por fin algo fuerte en pequeñas vidas sabias. Nuestros colapsólogos ni siquiera ocultaron su entusiasmo durante la pandemia de coronavirus. Han desarrollado ese cinismo propio de la gente de la buena sociedad, esa indiferencia hacia los demás que está especialmente presente entre los políticos, los científicos o los empresarios. Convencidos de que están por encima de los demás, cualquier cosa que les permita tener razón es una alegría. Tanto peor si es en detrimento de la vida de los demás.

Los colapsólogos pueden hacer hincapié en la ayuda mutua – olvidando que un anarquista como Kropotkin asociaba la ayuda mutua con la revuelta – pero al mismo tiempo pretenden asumir las ideas de fascistas como Piero San Giorgio y sus Bases Autónomas Sostenibles. Este último engendra a Alain Soral y a Action Française, propaga el supremacismo blanco y la misoginia. Nuestros colapsistas lo justifican porque, para ellos, la dinámica autoritaria es un componente casi inevitable del colapso. De ahí a decir que tendremos que vivir con ello sólo hay un paso…

El problema de ciertas tendencias ecologistas es que pueden provocar un deseo de autoridad. Se llega a esperar o fomentar el colapso no de la civilización capitalista moderna, sino de una parte de la humanidad. Tanto peor para los pobres, los inadaptados, etc. La defensa del terruño, las tradiciones, la estabilidad y el localismo son las bases de una ecología conservadora. Así es como llegamos a rechazar toda migración a pesar de que la historia de la humanidad

es una historia de mezclas para preservar el medio ambiente de cualquier desequilibrio externo. La naturaleza se desplaza hacia el individuo. Ahora bien, a escala de los seres, la naturaleza de las cosas no existe, no hay raza sino sólo racismo, del mismo modo que la pertenencia a un género es principalmente una asignación social. Existe una constitución física de los seres, pero no configura una naturaleza humana a partir de la cual se pueda establecer una moral inmutable. El chantaje de la supervivencia apoya las identidades erigidas como sustancias, las apelaciones a salvadores supremos, el recurso a la autoridad.

Todos los discursos sobre la urgencia nos ordenan cambiar, no por un sentimiento de alegría de vivir y libertad, sino por culpa y coacción. Salvar el planeta en lugar de vivir libre, como si la libertad no fuera la solución. La urgencia de la que se nos habla en los últimos años para decirnos qué pensar y qué hacer en realidad no es nueva. El surgimiento de las máquinas industriales tiene dos siglos de antigüedad, el desarrollo del capitalismo es más viejo, ¿y la creación del Estado? El patriarcado por su parte es una antigüedad. Es sobre este miedo, fácil de domar por tribunos y césares, que la autoridad probablemente se fortalezca aún más. La pandemia de coronavirus ha sido uno de los ejemplos más tenaces con sus medidas profilácticas y su confinamiento generalizado en nombre de la urgencia sanitaria, ampliamente aceptada en un silencio cómplice. Lo cual no ha impedido un fraude masivo en las condiciones de confinamiento y múltiples gestos de revuelta y otros sabotajes.

Muchos otros, antes que los colapsólogos, recordaban que toda civilización es mortal. Es el caso del anarquismo que, a diferencia de la colapsología, no pretende salvar el planeta sin preocuparse por las diversas opresiones que sufren las personas, sin aspirar al mismo tiempo a una vida más libre e igualitaria, basada en la ayuda mutua y la destrucción de las relaciones de dominación. Con la intuición de que no puede haber una existencia verdaderamente libre sin una naturaleza con la que podamos relacionarnos inteligentemente, sin sacrificar nunca nuestra libertad.

JD

Texto publicado en el periódico de agitación Anarchie!

La resiliencia, nueva religión de Estado

Los estudios críticos sobre la resiliencia no abundan, mientras que las referencias a esta se multiplican. De forma oportuna, Thierry Ribault a venido a intentar arreglarlo publicando *Contre la rèsilience* (L'échappée, 2021).

El concepto de resiliencia tiene su origen en la ingeniería ferroviaria y originalmente designa la resistencia de los raíles a los golpes y deformaciones, pero muy pronto se adentrará en otros campos. A mediados del siglo XX, la disciplina ecológica se apodera del término. Los hermanos Eugene y Howard Odum eran pioneros en investigación ecológica de los ecosistemas. Fueron enviados a mediados de los años 50 por la *Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos* para estudiar la irradiación de los atolones del Océano Pacífico por las pruebas nucleares estadounidenses. Ellos consideran estos estudios – y las explosiones que los provocaron – son una «oportunidad única para llevar a cabo análisis de considerable importancia relativos a los efectos de las radiaciones provenientes de productos de fisión sobre la población global y sobre el conjunto de ecosistemas ecológicos sobre el terreno»[1]. Se tratta de probar su resistencia a los efectos inducidos por las radiaciones ionizantes. La ecología de sistemas surge del campo de la ecología de la radiación, esto es, «del interés morboso [...] por el estudio de la capacidad

1 Howard et Eugeme Odum, «Trophic Structure and Productivity of a Windward Coral Reef Community on Eniwetok Atoll», *Ecological Monographs*, 25 (3), 1955, p.291-320

de los organismos vivos para adaptarse a su propia destrucción y aprovecharla»[2].

A partir de entonces, el uso del término se multiplicará y se mediatizará, en particular en sicología con los trabajos de Boris Cyrulnik. Desde 2008, la noción de resiliencia surge en el seno del Estado francés: un documento oficial sobre defensa y seguridad nacional define resiliencia como «la voluntad y capacidad de un país, de la sociedad o de los poderes públicos de resistir a las consecuencias de una agresión o de grandes catástrofes, y de restablecer rápidamente su capacidad de funcionar de una forma normal, o al menos, socialmente aceptable». El documento afirma que «las diversas amenazas posibles a la seguridad, ya sean iniciativas hostiles o catástrofes naturales, requieren el mismo nivel de anticipación, preparación y rapidez de respuesta por parte de nuestros ciudadanos.»

Después de considerar abandonar la nuclear durante un tiempo, la respuesta del Estado japonés a la catástrofe nuclear de Fukushima fue crear «Ministerio de la resiliencia» [*National Resilience Promotion Headquarters*, en 2011 – ndt]. Lejos de ser anodina, esta institución es un símbolo de la nueva estrategia desarrollada por los poderes para enfrentar los desastres, en Japón y en cualquier otro lugar. En Francia [igual que en otros muchos países, con pequeñas diferencias – ndt] la ley medioambiental de 2021 se ha denominado «ley de clima y resiliencia», mientras que el despliegue de medios militares durante la crisis sanitaria del Covid-19 se ha denominado «Operación resiliencia».

---

2 Thierry Ribault, *Contre la résilience*, L'échappée, 2021, p.29

En la actualidad, los ministerios de defensa y ambiente parecen disputarse el uso del término. Cuando los militares se apoderan de la resiliencia, es difícil hacer creer que es por nuestro bien. En realidad se nos invita, a punta de pistola, a sacrificarnos por la Nación, tragando veneno si es necesario. Esto da una pequeña idea del trasfondo de esta ideología: mantener el orden tal como está.

Ya no se trata de negar el advenimiento de la catástrofe sino de prepararse, y por tanto, aceptar su inevitabilidad. Para ello, se han organizado tres estrategias: minimizar las consecuencias (por ejemplo negando los efectos de las radiaciones sobre las formas de vida aunque estén demostrados, produciendo igorancia de la misma forma que la industria del tabaco cuando trataba de minimizar las consecuencias de su consumo para la salud); experimentar la supervivencia en las zonas contaminadas obligando a las pobalciones a quedarse (como en Bielorusia y Fukushima), legitimando de un golpe la industria de la descontaminación, de la reconstrucción y de los desechos; implicar a la ciudadanía para conseguir si no la adhesión, al menos el consentimiento general.

Incluso piden la autogestión, pero una autogestión dentro de un marco estricto donde las autoridades y los expertos siguen dirigiendo. Una autogestión del desastre, donde la voluntad de emanciparse de lo que ha provocado el desastre se puede considerar terrorismo. De hecho, estamos ante el más refinado arte de la cogestión, de la misma forma que los sindicatos han participado en la acumulación de capital, y por tanto, en la planificación de su propia explotación. En este caso, se pide a los ciudadanos

que ayuden a administrar el desastre. Ya no se trata de negociar cuán largas serán las cadenas sino la dosis de envenenamiento…

La administración de la catástrofe de Fukushima ha encontrado, en efecto, un escandaloso apoyo ciudadano. Poco después de la contaminación radiactiva y mientras los más lúcidos intentaban huir lo más lejos posible, algunos personajes fundaron la ONG local *Ethos in Fukushima*, con el fin de animar a la gente a quedarse viviendo en la zona contaminada. El nombre elegido es una referencia explícita a un proyecto de los nucleócratas en Chernóbil, ETHOS proyect, para experimentar con la «vida bajo estrés radiológico» mientras se negaba el alcance de los daños.

Ryonko Ando, la más ferviente de estos personajes, llega a criticar las indemnizaciones a exiliados que se han visto obligados a huir de la radioactividad, al tiempo que pide a las autoridades que intervengan para facilitar la autogestión de las zonas contaminadas: distribuir dosímetors, enviar expertos, organizar reuniones públicas. El tecno-totalitarismo se disfraza de orientación libertaria.

Impregnada de la ideología de la resiliencia, unos meses después de la catástrofe, la ONG local declara: «de lo que estamos hablando es de la vida en Fukushima después del desastre nuclear. Pero más allá de eso, se trata de nuestra capacidad para dejar un futuro mejor, porque es maravilloso vivir aquí. La historia de Fukushima es un regalo para el futuro». Dudo que los enfermos y afectados lo vean de ese modo.

La ideología de la resiliencia se considera, de hecho, una especie de nueva religión del Estado, en la que se

aprovechan todas las situaciones que dan lugar a la vulnerabilidad para animar a la gente a convertir la desgracia en una fuente de recuperación y adaptación: en resumen, una ideología de «arreglárselas», al tiempo que se individualiza la responsabilidad del desastre. Su fundamento es la adaptación, inculcando una nueva forma de eugenesia. Se salvarán los más capaces de recuperarse, y de subsistir en un mundo en el que la vida se reduce a la supervivencia y los individuos están condenados a improvisar soluciones para protegerse.

En esta ideología, en la que toda crisis es un pretexto para recuperarse, el ser humano es considerado como un sistema similar a una máquina, en consonancia con la cibernética: un núcleo de materia constantemente invadido por información que debe ser integrada y alrededor del cual gravitan los ciclos circulares de la vida biológica, de la mente y del espíritu. De paso, la religión se instaura como un mecanismo que refuerza el sistema inmunitario y favorece la capacidad de superar los impactos. Ya no está claro si la religión es resiliencia, o la resiliencia es religión.

Cada suceso dramático y catástrofe, fuente de perturbación, se considera de forma positiva, permitiendo salir de la zona de confort y adaptarse, y con ello progresar – es decir, ser productivo. La resiliencia en realidad es una forma de gestión destinada a condicionar a los seres humanos. El cambio está bien, nos permite seguir activos. Los suicidas de France Telecom saben algo de esto.

No podemos negar que la resiliencia tiene algo seductor. De hecho, con poco coste aparente, nos ofrece una solución a nuestros contratiempos, al tiempo que presume de

nuestra capacidad para recuperarnos y salir de cualquier situación, sin tener que cuestionar nuestras orientaciones subyacentes. No en vano, la sicología ha extendido la resiliencia entre la población.

No se trata de negar que toda persona tiene recursos, a veces insospechados, para afrontar las pruebas, ni de proponer complacerse en la desesperación, a la manera del movimiento romántico. Me parece más pertinente lanzarse «A la conquista de la felicidad», como propuso Albert Libertad[3] – no entendida como una felicidad celestial, sino terrenal, ni como una felicidad aplazada, sino al alcance de la mano, ni tampoco como una obligación.

Nada que ver con la ideología de la resiliencia y su coacción a la recuperación. El anarquista pretende desarrollarse plenamente viviendo intensamente, incluso, si es necesario, rebelándose contra lo que se le ponga delante. La alegría de vivir tiene su lugar, pero no se confunde con la libertad – cuya búsqueda puede llevar a veces a una existencia trágica. La vida feliz tiene que ver con las condiciones de la vida social, a la vez que es una capacidad que surge de un proceso personal, que pueden reforzarse por las prácticas colectivas. El anarquismo es en general una superación de la división individual/colectivo.

La lucidez ante el desastre no es incompatible con emociones como la furia, la tristeza o el miedo. En este caso lo irracional no es huir de la radioactividad, en contra de lo que dicen los *'nuclearistas'*. El miedo puede provocar reacciones sanas.

---

3 Albert Libertad, « *A la conquista de la felicidad* », L'anarchie, 25 octobre 1906

Estas emociones son una manifestación palpable de una condición compartida que pueden dar lugar a una conciencia colectiva de rechazo a vivir bajo amenaza. Sobretodo, formas parte del ser humano real, completo, con sus fragilidades y sus inutilidades. No todas las emociones valen la pena, y tanto mejor. Lo mismo ocurre con el sufrimiento: no hay ningún secreto escondido tras el dolor, ningún mérito o significado oculto.

La ideología de la resiliencia es un mecanismo del Estado para hacernos tragar la píldora de la dominación, anticipando el creciente desastre. Ya no sólo el futuro es distópico, también el presente. Podría deteriorarse aún más. Experimentadores de todo tipo siguen en ello, preparándonos para vivir en un mundo invivible mediante soluciones técnicas que intensifican los problemas.

A finales de los años 50, una filósofa consideró el inicio de la Condición del Hombre moderno tras el lanzamiento de un satélite alrededor de la Tierra[4]. Este acontecimiento fue considerado como el intento de huida del hombre moderno: escapar de su prisión terrestre para ir a las estrellas y huir del mundo. La cabeza en las estrellas… conectado a un respirador artificial.

Extraña tentación cuando el planeta Tierra es, por lo que sabemos, el único que nos proporciona un hábitat en el que podemos movernos y respirar sin esfuerzo y sin artificios. Esta huida hacia delante es una expresión del deseo de escapar de la condición humana mediante la artificialización de la vida misma. Una extraña tentación, que es en realidad una nueva etapa de alienación, en la que

---

4 Hannah Arendt, *Condition de l'homme moderne*, Calmann-Lévy, 1983

el ser humano aliena su propio entorno terrestre. Las matemáticas son la herramienta necesaria para esta tentación, reduciendo todo a un lenguaje simplificado, desprovisto de cualquier relación sensible. Sin embargo, no es seguro que las cadenas artificiales sean más blandas que las naturales…

Este intento de evasión conduce a un mundo cada vez más artificial. La profecía se autocumple, en la medida en que esta artificialización agota los recursos naturales, contamina todo el planeta y hace que la Tierra sea cada vez más inhabitable. La aceleración de la artificialización se presenta entonces como la única solución. Cuanto más resolvemos con medios tecnológicos e industriales, más rompemos, y cuanto más rompemos, más soluciones tecnológicas e industriales necesitamos. En economía, esto se llama mercado cautivo. La cruda realidad es que el desastre se presenta como la cura.

La misma filósofa prosiguió su reflexión: la conquista del espacio y su modelo de vida confinada, aislada de la naturaleza, enteramente artificial, era emblemática de la condición del hombre moderno, y quizás su etapa final.

> «El astronauta lanzado al espacio exterior encarcelado en una cápsula repleta de instrumentos en la que todo encuentro físico real con el entorno significaría la muerte inmediata, podría considerarse como la encarnación simbólica del hombre de Heisenberg – un hombre que tendrá menos posibilidades de encontrar alguna vez otra cosa que no sea él mismo [...] cuanto más ardientemente se haya propuesto

eliminar toda consideración antropocéntrica de sus encuentros con el mundo no-humano que le rodea.»[5]

El horizonte del humano es la vida encapsulada en ciudades aseptizadas y contaminadas, conectada a la banda ancha, mediada a través de las tecnologías.

La intuición de la filósofa era, por desgracia, correcta. Como recoge Thierry Ribault, la Unesco y la ONU propusieron en 2017 trasladar las condiciones de vida del espacio exterior a la vida sobre la Tierra para hacer frente a la escasez de agua: «en la estación espacial internacional, por la mañana, el agua se consume con té, por la tarde se vuelve orina y al día siguiente sirve para afeitarse... ¡es el mismo agua desde de años!», exulta Richard Connor, miembro de la ONU[6]. Definitivamente, los tecnócratas no tienen lso mismos sueños que nosotros.

El arte de convivir con la contaminación puede llegar muy lejos. Esta extraña fascinación por la supervivencia en situaciones extremas revela una huida hacia delante en la que el ser humano se aísla de su hábitat en un entorno sellado, una jaula artificial dehumanizadora. Todas las personas nos encontramos desplazadas a un mundo inapropiado en el que sobrevivir a pesar de todo, sería una expresión de la propia robustez. Cualquier parecido con el eugenismo – y de paso con el transhumanismo – no es en absoluto una coincidencia.

5 Hannah Arendt, *The Conquest of Space and the Stature of Man*
6 Thierry Ribault, *Contre la résilience*, L'échappée, 2021, p.158

Preservar las condiciones para una vida deseable ya no es una opción. Al mismo tiempo, esta huida hacia delante requiere una gigantesca atrofia de la libertad, para ratificar un mundo alienado, donde nunca se puede estar realmente, constantemente preocupados por los imperativos de la supervivencia y la participación en los mecanismos de la normalidad supervivencialista. Entonces es imposible ser consciente de lo que uno hace, simplemente condenado a agitarse en respuesta a estímulos externos. Es comprensible que las personas con gusto por el poder y las multitudes que siguen su voluntad vean esto como una especie de panacea.

Thierry Ribault, por su parte, nos invita a dar su oprotunidad a la furia, «esta furia que tiene razones que la razón debe escuchar»[7]. Aunque no consiga todo, «puede insuflar el rechazo vital de pensar en el lenguaje petrificado de la sociedad industrial y de sus aventureros experimentadores»[8]. Y, ocasionalmente, suscitar la voluntad de no lidiar con las nocividades, sino de tentar la emancipación por todos los medios que consideremos necesarios.

JD

Contact: jackdejean@riseup.net

---

7 Ibid, p.27

8 Ibid, p.27